

# ORANDO CON LA PALABRA

( Tercer Domingo de Cuaresma )

“En aquel tiempo, llegó Jesús a un pueblo de Samaria llamado Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José; allí estaba el manantial de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al manantial. Era alrededor del mediodía. Llega una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dice: «Dame de beber». Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le dice:«¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?.Porque los judíos no se tratan con los samaritanos. Jesús le contestó: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva». La mujer le dice: «Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?» Jesús le contestó: «El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna”. La mujer le dice: «Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla». Él le dice :«Anda, llama a tu marido y vuelve». La mujer le contesta: «No tengo marido”.Jesús le dice: «Tienes razón, que no tienes marido: has tenido ya cinco, y el de ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad». La mujer le dice: «Señor, veo que tú eres un profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén». Jesús le dice: «Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén daréis culto al Padre. Vosotros dais culto a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos.Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los que quieren dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que le den culto así. Dios es espíritu, y los que le dan culto deben hacerlo en espíritu y verdad.». La mujer le dice: «Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo. »Jesús le dice: «Soy yo, el que habla contigo».

En esto llegaron sus discípulos y se extrañaban de que estuviera hablando con una mujer, aunque ninguno le dijo: «¿Qué le preguntas o de qué le hablas?. La mujer entonces dejó su cántaro, se fue al pueblo y dijo a la gente: «Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿será éste el Mesías?». Salieron del pueblo y se pusieron en camino adonde estaba él. Mientras tanto sus discípulos le insistían: «Maestro, come». Él les dijo: «Yo tengo por comida un alimento que vosotros no conocéis». Los discípulos comentaban entre ellos:«¿Le habrá traído alguien de comer?”. Jesús les dice: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra. ¿No decís vosotros que faltan todavía cuatro meses para la cosecha? Yo os digo esto: Levantad los ojos y contemplad los campos, que están ya dorados para la siega; el segador ya está recibiendo salario y almacenando fruto para la vida eterna: y así, se alegran lo mismo sembrador y segador. Con todo, tiene razón el proverbio: Uno siembra y otro siega. Yo os envié a segar lo que no habéis sudado. Otros sudaron, y vosotros recogéis el fruto de sus sudores.»

En aquel pueblo muchos samaritanos creyeron en él por el testimonio que había dado la mujer: «Me ha dicho todo lo que he hecho». Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Todavía creyeron muchos más por su predicación, y decían a la mujer: «Ya no creemos por lo que tú dices; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo.»

(Jn 4,5-42 )

La liturgia en este tiempo de Cuaresma, nos presenta hoy para la reflexión y la interiorización, una escena entrañable, el encuentro de Jesús con la Samaritana junto al pozo de Sicar.

Jesús se acerca, le habla, la escucha. La acoge como es, la acoge venga de donde venga, con su historia, con sus dudas, con su sed.

Ofreciendo el agua de la vida a la mujer de Samaria, Jesús muestra la universalidad de su mensaje. No ha venido para anunciar el Reino a su Pueblo, a los que cumplen la ley. Ha venido para acoger, para compartir, para salvar a todos, para ofrecer y regalar el agua que purifica, que libera y que salva.

Con Él , ha llegado la hora de adorar al Padre “en espíritu y en verdad”. A Dios se le adora desde el corazón, desde la hondura de la transparencia personal. A Dios se le adora sin reducir el culto ni la oración a espacios, lugares ni horarios.

La Palabra, en el texto de Juan, nos muestra el encuentro, el diálogo de Jesús con la samaritana. Diálogo profundo, simbólico, sincero y entrañable. A lo largo de él, la mujer se siente acogida, reconciliada; brota en ella la adhesión a Jesús y el impulso a proclamar lo que ha oído y vivido junto al pozo de Sicar. Quiere compartir su experiencia del encuentro con Jesús y su vida se hace testimonio. Que, junto al pozo, volvamos a reencontrarnos con Jesús, con nuestra verdad, con nuestro ser más profundo y a retomar el camino, sintiéndonos acogidos, amados, salvados. Comprometidos a compartir y proclamar que Jesús nos ofrece el agua que sacia la sed, el agua de la Vida.

## ORACIÓN

Cansado de caminar  
bajo el sol hiriente del mediodía,  
te sientas junto al pozo  
y te acercas a la mujer de Samaria  
a pedirle sencillamente agua.  
Así te abres al encuentro  
con una mujer extranjera,  
diferente de las mujeres de tu tierra,  
pero mujer con derechos y dignidad,  
como todas.  
Y la acoges como es,  
con su historia,  
con sus dudas,  
con su sed.  
Y le ofreces el agua que sana,  
que restaura, el agua de la Vida.

Como la samaritana,  
con tantas heridas  
y tanta sed por saciar,  
vengo al pozo a estar junto a ti,  
a descansar a tu lado,  
a encontrarme contigo,  
a beber de tu agua  
a dejar que limpie,  
renueve y dinamice  
la vida que hay en mí.

Vengo a beber de tu agua.  
El agua que refresque  
mi tierra agrietada,

el agua que renueve raíces  
y salte risueña,  
haciendo brotar ilusión y vida.  
El agua que limpie el corazón  
de temores y resentimientos,  
que sane heridas y devuelva luz y calor  
al amanecer de cada día.  
El agua que nos libere del egoísmo y la ambición,  
que sigan creando sistemas injustos,  
violencia, corrupción, fronteras  
y el sinsentido de cualquier tipo de guerra.

Vengo a beber de tu agua,  
el agua del Espíritu,  
el agua que serene por dentro  
y dé la fuerza vital,  
que apaga la sed más profunda del hombre.  
Que tu mirada junto al pozo,  
me ayude a reconocer mi verdad.  
a poner nombre a mis sentimientos,  
errores y sueños,  
y a retomar el camino  
humilde y libremente,  
abierta al cambio y al compromiso,  
sintiéndome acogida, amada,  
liberada, salvada.

Que descubra que “adorarte en espíritu y en verdad”  
es adorarte desde el corazón,  
desde lo más auténtico de uno mismo,  
desde la propia pobreza y la honestidad.  
Es adorarte, desde lo más profundo  
dónde el misterio de Dios y el hombre, se encuentran.

Que como la mujer de Samaria,  
anuncie a las gentes, con la vida,  
lo que he oído y vivido junto al pozo.  
Que comparta con ellas el caminar en la fe,  
el crecer unidas como personas y como creyentes,  
proclamando al mundo  
que Tú eres el único Señor,  
el único que ofrece el agua de la Vida.  
Amén.

(Hna. F.Oyonarte)

